

## D. Daniel Blanco

### LA CAPACIDAD PROFESIONAL EL ESPIRITU DE SUPERACION

Me habéis hecho, francamente,  
sentir tan grande inquietud,  
que, por seguir la corriente,  
os *transmito* como *urgente*  
mi profunda gratitud.

Sincera y franca y cordial,  
otra mayor no hubo en mí,  
desde el día en que la sal  
—hace años— recibí  
en la *pila* bautismal.

Y así, en un puñado de quintillas, continúa el poeta explicando lo que a su modestia aparece como pequeñez de méritos y expresando a sus compañeros el agradecimiento que hacia ellos siente al encontrarse unánimemente nombrado el mejor morsista de España, como resultado del plebiscito abierto por el periódico profesional «El Telegrafista Español». ¡El mejor morsista de España!, país donde abundan los buenos morsistas, en donde forzosamente tienen que abundar los buenos operadores en cualquier sistema telegráfico que se considere, porque diariamente se encuentran los telegrafistas frente a cantidades enormes de servicio que es preciso *sacar* con elementos notablemente inferiores en calidad y en cantidad a lo que las normas técnicas aconsejan para una buena explotación de la red telegráfica. Así se explican los brillantes triunfos de nuestros operadores en Turín, el año 1911, en que obtuvieron premios *todos* los españoles que se pre-

sentaron, y en Berlín, el año 1922, en que los telegrafistas españoles obtuvieron premios en todos los sistemas y el primero y segundo puestos en el manejo del sistema Baudot.

Es tradicional en nuestra Corporación que los telegrafistas españoles obtengan de los aparatos rendimientos insospechados en otras naciones, y así ocurría con nuestros veteranos operadores de Whetstone de agujas, que lograban sacar ventaja a los morsistas de su época, allá por el año 1857, cuando se instalaba este último sistema en Zaragoza.

Las quintillas acusando recibo del nombramiento reflejan el carácter modesto y el temple de recio trabajador de Daniel Blanco, el telegrafista representativo de una época, que hace exclamar a uno de los que la han vivido:

«¡Oh, Daniel Blanco! ¡Oh, Ricardo Chaulie! ¡Oh, Antonio Zabaleta! ¡Morsistas habilísimos, vertiginosos, de nervios de acero, de actividad incansable, de voluntad abnegada, que realizábais el milagro de convertir viejos fusiles en ametralladoras; gracias a vosotros y a lo de vuestro temple, tuvo España un servicio rápido de Telégrafos, cuando la desidia oficial no había previsto otro sistema que el Morse ni otros conductores que aquellos conductores de hierro, delgados como los de una jaula de pájaros, para hacer frente a las avalanchas de telegramas que multiplicaban cada día las necesidades, ya entonces apremiantes, de la vida que se modernizaba» (1).

Epoca en que el Cuerpo de Telégrafos se cubría de laureles en la guerra y en la paz, en las alegrías y en las amarguras de la Patria; laureles más pronto olvidados que adquiridos, y en la que de las luchas con la realidad amarga sólo se obtenían verdes laureles y dolorosas cicatrices.

Los telegrafistas españoles, con rara unanimidad, con unanimidad absoluta, han nombrado a Daniel Blanco primer morsista de España, y bien se puede decir que para que esta unanimidad se obtenga entre españoles, entre telegrafistas de nuestra Patria, es preciso que Daniel Blanco sea el primer morsista del mundo.

Daniel Blanco recibe a cualquier velocidad y en cualquier lengua; es capaz de recibir en cincuenta y cinco minutos 80 tele-

(1) «Memorias del siglo pasado, Esteban Marín. «El telégrafo español», enero de 1917.

gramas que se le transmiten con numeración correlativa, suprimiendo al transmitir número, fecha y hora, y abreviando cuanto es posible, mediante esa especie de taquigrafía telegráfica que tan inteligentemente dominan nuestros operadores, y al terminar la tanda acusa recibo, habiendo quedado anotados los despachos, escritos correctamente, suplidas las omisiones y contadas las palabras; es capaz de recibir en día de escala 60 despachos en menos de una hora, triplicando el rendimiento teórico del sistema siempre superior al práctico.

Pero esto no es suficiente para que se le considere un operador excepcional; esto exige otro operador que transmita, cuya capacidad sea semejante a la suya. Lo que no es tan fácil realizar es atender un morse en duplex; es decir, dividir la atención en tal forma que se transmita el telegrama con la mano izquierda mientras se recibe y escribe otro con la derecha. Blanco sirve un duplex completamente solo, dividiendo su personalidad en dos y soportando y resistiendo permanentemente este trabajo.

Y todavía hace más ante sus asombrados compañeros de Valladolid: se *triplica* en el espacio como se *triplica* en el tiempo, y atiende simultáneamente tres aparatos.

«... hasta explicarlo se hace difícil—dice un testigo presencial—: dos cuadernos al frente, un morse a la derecha, en el que «recibe a oído; otro, por el que recibe en cinta, y un martillo a «la izquierda, con el que transmite» (2).

¿Cómo ha podido llegar a dominar el trabajo en esta forma? ¿Quién fué su maestro? ¿En qué escuela se formó este hombre?

«La enseñanza de prácticas de manipulación se reducía en «aquella época a tres ejercicios: recitar de memoria el alfabeto «Morse, repicar los puntos y rayas en los *martillos* del tablero y «deletrear la cinta empalmada con saliva.

«Cuando el alumno había adquirido estos tres conocimientos maravillosos, pasaba al gabinete de los receptores de desecho, «cursaba unos cuantos telegramas imaginarios... ¡Util! ¡Cáta- «te, telegrafista, y a la Central!

«Allí, los *perros* se encargaban de completar la enseñanza: «cada cinco telegramas transmitidos o recibidos valían un perro

(2) «Daniel Blanco». «El Telegrafista español», año 1893, número extraordinario.

»chico a final de mes. El afán de acumular este aumento de soldada hacía maravillas, y a las pocas guardias éramos tan morosistas como el primero» (3).

Por el año 1875, cuando el Cuerpo de Telégrafos comenzaba a sufrir profundas transformaciones, debidas al entusiasmo e inteligencia de Cruzada Villamil, transformaciones exigidas por el rapidísimo y creciente aumento del servicio telegráfico, síntoma del aumento de pulso y vitalidad de la Nación, ingresaba en Telégrafos, por la benemérita clase de aspirantes, un muchacho que todavía no había cumplido los diez y seis años: un niño que acogía con infantil entusiasmo el *juguete* que la Nación ponía en sus manos. Un niño a quien había que construir un sillón especial para que llegase cómodamente al manipulador, que se dormía debajo de la mesa de aparatos las noches de *guardia grande*, y que lloraba si le retiraban más tarde de las doce de la noche. Un niño que, obligado a ganarse el sustento en una ruda faena, convirtiéndola en juego, ponía en ella tal fe, que llegaba a ser único en su realización. Luego... ¡los *perros* completaron la enseñanza e hicieron lo demás!

Y eso fui yo solamente:  
yunque a los golpes propicio  
que por modo *permanente*  
hizo en frío y en caliente  
malo o bueno su *servicio*.

Eso no más. Férrea masa  
de *resistencia* no escasa,  
que hoy se os antoja, por ello,  
digno de ostentar el *sello*  
de vuestro afecto sin *tasa*.

¿Y eso benévolamente  
juzgásteis en mi virtud?  
Pues, dejadme nuevamente,  
que os *transmita* como *urgente*  
mi profunda gratitud.

Como vemos, Daniel Blanco es también poeta; reúne las condiciones que exige al poeta el Duque de Rivas: piensa alto, siente hondo y dice claro; es un poeta que se distingue en los

---

(3) «Memorias del siglo pasado», Esteban Marín. «El telégrafo español», enero de 1917.

tiempos en que es difícil sobresalir en literatura entre telegrafistas. ¿Quién puede competir fácilmente con Jackson Veyan, con Vicente Díez de Tejada, con Esteban Marín, con Rafael Carrillo y otros muchos?

Al pasar los años, allá por 1901, la época de lucha se ha alejado, y el morsista de nervios de acero descansa en un rincón de Castilla; quedaron lejanas las *guardias grandes*, las noches de *escala* y de *aglomeración* y el duplicarse y triplicarse para mantener muy alto el nombre de Telégrafos; el Hughes comienza a desplazar al Morse, y se puede ya descansar de las rudas luchas de otros tiempos; pero en aquel rincón, Blanco sigue sintiendo muy hondo el cariño a la profesión de sus amores, y, al acordarse de que es telegrafista y es poeta, envía el 22 de abril un saludo de cariño a sus compañeros, saludo impregnado de melancolía y de amor a la Corporación:

En estas apartadas soledades  
donde sin penas ni placeres vivo;  
donde mi historia en mi conciencia escribo  
preñada de grandezas o ruindades;

convertida la vista a otras edades,  
y, en sus redes, el ánimo cautivo,  
ni la revuelta mundanal percibo,  
ni se de sus furiosas tempestades.

Mas una fecha en la memoria escrita,  
¡jalón inmoble de gloriosa senda!,  
al dormido entusiasmo solicita,

de amor sin fin, como preciada prenda.  
¡Ay, si un día ella fuera ara bendita  
en tanta triste fraternal contienda!

Y un año después, en el concurso de Telegrafía celebrado con motivo de la coronación de Don Alfonso XIII, se reverdecían los viejos laureles, ganando el primer puesto en el manejo del sistema Morse, revalidando así oficialmente el título de *primer morsista de España* que le habían conferido por unanimidad y libremente sus compañeros en el plebiscito propuesto por «El Telegrafista Español», al finalizar el año 1893.